

Tequila y ajuste

Por Alberto Parisi

El llamado *efecto tequila* no sólo desnudó las debilidades estructurales del Plan Cavallo, sino también ciertas claves del conflicto ideológico argentino. Reproblematisó en forma visible el nivel de arraigo y consolidación de algunas significaciones básicas que el *menemcavallismo* ha intentado entronizar en el sentido común de nuestro país estos últimos años. Términos tales como estabilidad, ajuste, globalización, comportamiento de los mercados, etc., de alguna forma estuvieron en entredicho, en la medida que la última crisis volvió a recordarnos que no significan lo mismo para todos los argentinos.

Sus significaciones son problemáticas y conflictivas: sostenemos respecto de las mismas un conflicto de sentidos (que es lo mismo que decir: un conflicto sobre el sentido de las realidades sociales presentes es esas significaciones). ¡Vaya que lo vivimos estas últimas semanas!: entrevistas, debates, artículos, editoriales, declaraciones, etc., intentando explicarnos y convencernos en una u otra dirección acerca de qué estaba en realidad ocurriendo (claro, eso era justamente el nudo de la disputa ideológica). Es importante constatar que no hubo -ni hay- unanimidades masivas: por eso el stress colectivo, la reaparición de fórmulas de escape individual, el malestar generalizado.

¿Hasta dónde ha logrado el bloque populista-conservador generar un nuevo sentido común dominante, de tal forma que frente a avatares como los que nos tocó vivir la gente crea real y masivamente que *Argentina no es México*, que la actual estabilidad monetaria es el bien supremo de la nación y que la *conducta de los mercados* es el

termómetro del bienestar general?

El conflicto ideológico abre espacios dinámicos para el debate siempre y cuando los sentidos de las realidades sociales en disputa no estén amarrados y solidificados en torno a significaciones definitivas. Es decir, mientras los grandes términos, palabras o conceptos cuya significación social está en pugna (como vgr.: ajuste, economía de mercado, democracia, libertad individual, regulaciones, etc.) se comporten como una suerte de *significaciones flotantes*. Triunfará en la disputa ideológica aquel o aquellos grupos sociales que sepan amarrar tales significaciones *flotantes* a significados unívocos y precisos: los propuestos por ellos mismos, precisamente (y por tanto, que exhiban su visión de la sociedad como *norte* para la mirada de todos los demás grupos sociales). Esta decisiva operación permite refundar las bases del sentido común y generar, por tanto, adhesión, consenso.

¿Existen hoy espacios permeables al debate ideológico en nuestro país, o los grandes significantes políticos-sociales se hallan enquistados masivamente en ideologismos cerrados, sin fecha?. A juzgar por la conmoción y desconcierto que vivimos últimamente, esos espacios existen; y pienso que la tarea de oposición debería consistir en fortalecerlos, ampliarlos. No para que sirvan de escenario en la estéril confrontación entre ideologismos oficiales



y opositores, sino para el trabajo de crítica a todos los ideologismos (los propios y ajenos), por una parte. Y por otra, para profundizar la disputa por los sentidos (de la realidad), a fin de amarrar los significantes estratégicos a nuevos significados críticos, pluralistas, emancipadores.

Intentemos examinar ésto en un caso, que sirva a modo de ejemplo: el significativo ajuste. Su uso produce malestar, porque es una especie de "chicle conceptual" de exagerada polivalencia, de múltiples, inestables y contradictorias significaciones. Ello ha permitido que, si observamos la serie de sus significaciones, en un extremo se lo haya entendido como una maquinación perversa gestada por el FMI, el Banco Mundial y los países ricos, contra nuestros países y para oprobio de nuestros pueblos. Y en el otro extremo, como una neutra tecnología de recomposición de desajustes macroeconómicos, que acaecieron un poco fatalmente, como sobrevienen las catástrofes naturales. Entre ambos extremos de la serie, además, existe una amplia gama de posiciones intermedias, imposibles de mencionar detalladamente aquí.

¿Qué es lo que más llama la atención en este caso que hemos comenzado a analizar? Dos cosas: una, cómo el significativo ajuste *flota* sobre una serie extensa de significaciones, cuyos extremos llegan a convertirse en opuestos o contradictorios. Segundo, que esos extremos de la serie constituyen típicos ideologismos (es decir, simplificaciones absolutizadas, significaciones definitivas y cerradas). En el

primer caso, se trata de un ideologismo de hipersubjetivización de los procesos sociales y políticos; consiste en una concepción conspirativa que imagina que el ajuste ha sido tramado en la noche, de manera furtiva, para que sirva como castigo geopolítico a países indisciplinados y rebeldes.

En el segundo caso nos encontramos con un ideologismo que naturaliza los procesos sociales. El ajuste aparece aquí como neutro y necesario, como remedio impostergable para curar *desajustes* sucedidos al modo de los desastres de la naturaleza. No se pretende sugerir que en este ideologismo se identifique al ajuste con un terremoto, por ejemplo; pero en algo decisivo sí quedan asimilados: cuando se sufre un terremoto nadie se pregunta por responsabilidades, por intencionalidades, por lógicas profundas subyacentes ni por grupos e individuos responsables. Aquí, respecto del ajuste, sucede lo mismo.

Pareciera entonces importante reintroducir en el debate ideológico argentino sobre el tema del ajuste (y la enorme red conceptual de la que es parte) preguntas tan primarias, críticas y fundamentales como las siguientes: ¿Es el ajuste bueno, es al contrario, una maldición, es necesario, inexorable, irreversible? ¿Qué es este *chicle conceptual*, que entre nosotros semeja una suerte de *significante flotante*?

Quisiera concluir con tres proposiciones que sirvan tanto para autolimitar críticamente nuestros propios ideologismos sobre el ajuste, cuanto para elaborar una visión crítica, plural y emancipatoria de su sentido y signifi-

cación.

a) En primer término, creo que el ajuste es *necesario*; lo es porque ya se ha impuesto. Somos -en este sentido- *sociedades posajuste* por cuanto coactivamente tuvimos que integrarlo y lo estamos metabolizando (aunque todavía las provincias no lo hayan efectivizado y no se sepa qué ocurrirá cuando llegue esa instancia). No obstante, el nuestro es un país resocializado feroz y velozmente estos últimos años en la cultura del ajuste.

b) El ajuste no es caprichoso; se ha impuesto a partir de necesidades sistémicas y profundas de reconversión del capitalismo central que obligaron, desde mediados de los '70 a una radical mutación de los patrones de acumulación, los hábitos de disciplina fiscal, el grado de productividad, etc.

c) El ajuste no es neutro o inocente; su fuerza, su necesidad y prepotencia nada tiene que ver con la *naturaleza de las cosas*, sino con procesos y significaciones que muy pocas veces son visibles para la mayoría de los individuos. En concreto, se relacionan sustantivamente con imperativos de reconversión de los patrones de desarrollo y valorización y, por ello mismo, poco tienen que ver con necesidades de mayor empleo, crecimiento, bienestar y felicidad para la mayoría de la gente.

Alberto Parisi es docente e investigador de la Universidad Nacional de Córdoba. Asesor del Centro Tiempo Latinoamericano.



**GRAZIANI
GRAFICA S.A.**

Gdor. J. Páez Molina 260 (Alt. Av. Colón 3200)
Tel. (051) 89 - 5842 / 5843 - Fax 895844
Bº A. Alberdi (5003) Córdoba

- FOLLETOS
- CATALOGOS
- POSTERS
- REVISTAS
- DIARIOS
- LIBROS
- ENVASES
- DISPLAY
- SERIGRAFIA
- CALCOMANIAS
- IMPRESOS COMERCIALES
- ESTUDIO GRAFICO